

Necesitamos una moral del desarrollo



Hace algunos años, un joven economista que acababa de graduarse me atacó, con el arma recién estrenada y flamante de su lenguaje de especialista, porque refiriéndome a un aspecto de nuestra situación económica, hablé de moral.

Me dijo que los códigos de conducta humana no tienen por qué contaminar los objetivos de una ciencia como la economía y hasta pudo haberme citado aquella frase que cita Colin Clark de que “no existe razón para atribuir a esos códigos de conducta o juicios de valor, mayor significación que a las preferencias que un hombre pueda demostrar entre diferentes marcas de dentífricos”.

Sin embargo, a medida que leo estudios, ensayos y libros sobre la contradictoria situación socio-económica de América Latina —que pendula entre el atascamiento y la revolución— observo y anoto que uno de los principales y difíciles obstáculos para nuestro desarrollo que todos señalan, es LA CORRUPCION; corrupción que abarca, desde la falta de moral en la promoción misma del desarrollo, en la cual poco cuentan los verdaderos valores humanos ni la dignidad nacional (como lo vemos, por ejemplo, en el proteccionismo a industrias innecesarias y hasta dañinas; en la preferencia por lo suntuario; en la marginación de los dictados de justicia social y distributiva; en el “pedigüeñismo” que soluciona déficits culpables implorando más ayudas o gestionando más préstamos que hipotecan el futuro de nuestros pueblos; etc.) hasta el pecado capital y desvergonzado del robo y del soborno que es el cáncer de los gobiernos de América.

Cada día se nos impone con más fuerza la vinculación entre Moral y Economía. O mejor dicho: cada día se nos manifiesta más claramente el fracaso de divorciarlas. ¿Por algo la Economía, la ciencia económica, se inició en Cambridge, como una rama de las ciencias morales! Porque, si la economía tiene realmente un objetivo —que no sea el de constituir un ejercicio puramente intelectual y matemático— este objetivo no puede ser otro que el de promover el bienestar de los hombres. Ahora bien ¿puede existir ese bienestar cuando, al esfuerzo del hombre, la economía responde devolviendo a unos el ciento por uno y a otros el uno por ciento?

Concretemos nuestra pregunta en unos ejemplos. Los que resuelven desde el Estado los problemas económicos ¿pueden perder de vista el bienestar humano —que es su objetivo— pensando solamente en las inmediatas necesidades del Estado? ¿Se puede llamar economía el solucionar un déficit culpable del Estado recargando con pesados impuestos al pueblo consumidor ya miserable?

Entre los mejores sociólogos y economistas (humanistas) del Tercer Mundo se habla y se insiste sobre la necesidad de una “moral de producción”. ¿Una moral del desarrollo?

No podemos avanzar atropellando valores humanos. Si vamos a capacitar a nuestros pueblos para la producción y el uso de bienes naturales, necesitamos una tabla de esos valores y unas categorías morales para guiarnos, para escoger y preferir. Si entre los “bienes” que escogemos producir y a los que damos el goce de situaciones preferenciales, hay cosas inútiles, lujos estúpidos y dañinos, o simplemente innecesarias, estamos sacrificando lo esencial a lo accesorio, derroche que se vuelve grave pecado en un pueblo pobre y lleno de urgentes necesidades como el nuestro. Si la introducción de algunas nuevas industrias produce, sin solución, desempleo o graves perjuicios en amplios círculos productivos, no es moral ni humano fomentarlas y protegerlas. Ya no digamos el favorecer con privilegios a ciertas empresas y a ciertos inversionistas contra los derechos laborales de los trabajadores. Ya no digamos mermar los créditos que necesitan los menos pudientes y los más numerosos para favorecer con escandalosas cifras (que en un país pobre significan robo) a los privilegiados.

Incluso en el campo de los valores nacionales deben prevalecer esas categorías morales. No se debe, no se puede, sacrificar lo propio y característico de un pueblo, ni sus valores superiores, por imitar o seguir el ejemplo de otros pueblos. Como dice Pablo VI: “Los pueblos pobres, jamás estarán suficientemente en guardia contra esta tentación, que les viene de los pueblos ricos”.

Hay, pues toda una gama de problemas y situaciones donde la moral tiene que guiar a la economía. Pero, lo que hoy miramos es lo contrario: el crecimiento de un a-moralismo cada día más engreído y opresor, que sólo se guía por las leyes de la aparente e inmediata eficacia y del éxito material.

Peor aún, vamos desplazando el objetivo de la economía, que es el bienestar humano, hacia otro objetivo (al servicio del cual parece estar ahora casi toda la técnica) que es el éxito del Estado o mejor dicho, del Gobierno. Todo se desarrolla para obtener y mantener un Estado rico en un país paupérrimo. Cada día crece y se fortifica más esa filosofía faraónica. Medida tras medida, ley tras ley, vamos cediendo los dere-

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

chos del pueblo —incluso los elementales de vigilar su desarrollo— en beneficio de un Gobierno omnipotente, celosísimo de su Poder pero no así de la humillada y creciente pobreza de su pueblo.

Acabamos de presenciar esta semana el último acto de ese proceso puesto en escena con toda la solemnidad del caso. Un abogado ha sido encarcelado acusado por soborno. El presidente ha anunciado que será inflexible.

¿Por qué?

Porque el delito del abogado es haber robado al Estado. En cambio cuando los robos son al pueblo el delito se cubre con una sonriente capa de lenidad.

PABLO ANTONIO CUADRA